

LA NOCHE ROTA

FIDEL VILANOVA

LA NOCHE ROTA



PRIMERA PARTE

1

Al llegar al alféizar de la ventana dudó un segundo. Un instante en el cual se intensificó la ansiedad y el temor a saltar. En efecto, la ventana se encontraba en la primera planta, a unos dos metros del suelo, una distancia considerable para saltar una niña. Pero no tenía más remedio, no podía quedarse ahí, aterida por el pavor, ni volver a la habitación, bajar corriendo las escaleras y salir por la puerta. No podía retroceder porque dentro la esperaba la violencia, el dolor, la humillación. Tenía que saltar y huir antes de que el hombre abriera la ventana, que Sofía había cerrado en un gesto de valentía y desesperación, y la obligara a entrar.

Se sentó en el alféizar y estiró las piernas despacio, primero la derecha, luego la izquierda y cerró los ojos. Aspiró hondo, dio un ligero impulso y saltó.

Al saltar, instintivamente abrió los brazos y encogió las piernas. Y en ese instante en que el cuerpo se suspendió en el aire, como si fuera una gaviota blanca emborronada por la sangre infantil, sintió el hálito de la noche en la piel lacerada, ultrajada.

Cayó al suelo con las piernas encogidas, al flexionar las rodillas sintió el impacto de la hierba húmeda en la piel estremecida. Los pies desnudos pisaron el rocío de la madrugada. Se incorporó con el espanto en la cara, el temblor en el cuerpo y la esperanza de sentirse casi a salvo. Comprobó con alivio que podía andar, aunque le dolía el tobillo izquierdo y las

rodillas. Antes de huir levantó los ojos y, temblorosa, miró la ventana. Estaba a oscuras, igual que el resto de la casa. Tampoco se oía ningún ruido. No se oía nada, salvo los latidos desahogados de su corazón que retumbaban con furia en su pecho y en su cabeza.

Echó a andar, al principio a trompicones como si las piernas estuvieran entumecidas por el salto, como si después de lo ocurrido en la habitación se negaran a abrirse. Pero poco a poco logró imprimir fuerza a sus músculos maltrechos y, aunque se cayó un par de veces, logró levantarse, al principio gateando con las palmas de las manos abiertas y las rodillas arrastrándose entre la hierba mojada del jardín.

De pie, pero aún encogida por la tribulación y sacudida por un temblor que le subía por las piernas desnudas y humilladas, intentó correr. Estiró la cabeza y movió los brazos, y forzó las piernas y los pies para que huyeran. Al principio fueron tan solo unos metros que apenas lograron alejarla de la entrada de la casa, pero después, cuando la voluntad claudicó el dolor de los miembros magullados, alcanzó la calle y empezó a correr con todas sus fuerzas. Mientras se alejaba del horror intentó gritar, liberar la angustia y el espanto con un grito que taladrara el silencio de la noche. Un chillido que despertara las conciencias y abriera los ojos de aquéllos que, en estos momentos, dormían plácidamente en sus camas al lado de sus seres queridos y a salvo del monstruo de la noche.

2

Vera guardó la escoba y el recogedor en el pequeño trasero y volvió al bar a coger el bolso que guardaba detrás de la barra, al lado del bate de béisbol de Luc. Se despidió de él con un gesto de la mano.

Luc asintió con la cabeza desde el otro extremo de la barra y miró a Tony. Éste al ver salir a Vera se levantó de la mesa y salió tras ella.

Desde que meses atrás un individuo asaltó a Vera con una navaja en el parking, Luc hacía que Tony la acompañara al coche todas las noches.

Tony era un tipo fornido: ciento veinte kilos y un metro noventa de altura. Su sola presencia desalentaba a los camorristas que cada vez frecuentaban menos el bar de Luc.

Vera sabía que Tony no estaba del todo bien, algo no funcionaba correctamente en su cabeza, en ocasiones parecía estar alorado, como si una fuerza interior le obligara a cerrar los ojos y a hablar a solas y en voz baja. Pero la mayoría de las veces no decía nada, se quedaba callado en su mesa, y si algún parroquiano le preguntaba: —¿Qué tal, Tony? ¿Cómo estás?

Respondía: —Estoy en lo mío.

Siempre decía lo mismo y nadie tenía el menor interés por saber a qué se refería.

Vera se sentía segura cuando, a la una de la madrugada, Tony la acompañaba al coche. El parking estaba en

una explanada en la parte de atrás del bar. Una zona solitaria, alumbrada únicamente por el anuncio de neón “Bar Luc” adosado con dos hierros en la pared frontal del bar.

—Buenas noches, Tony —se despidió Vera elevándose de puntillas para besar la mejilla del grandullón.

—Buenas noches, Vera —dijo inclinándose. No se movió hasta que el coche alcanzó la carretera. Luego entró en el bar y se sentó en una mesa del fondo, atento a las indicaciones de Luc o a las voces de su cerebro por si empezaban a hablarle de nuevo.

Vera tenía ganas de llegar al piso, darse una ducha y acostarse. Hoy estaba muy cansada para hacer el amor con Bob, suponiendo que estuviera en casa. Últimamente al volver del trabajo casi siempre encontraba la cama vacía y se culpaba por ello, se reprochaba que a los cuarenta y un años aún no hubiera encontrado a un hombre que la tomara en serio.

Vivía en un pequeño piso a las afueras de San Pedro de Alcántara, muy cerca de Malibú, donde años atrás vivió Sean Connery. Ahora la gran parcela del chalé del actor se había convertido en una pequeña y lujosa urbanización de clase alta donde proliferaban los políticos de un signo y de otro, algunos retirados del servicio público y otros aún en activo, pero todos viviendo del contribuyente, esto es: del ciudadano.

Las casas de la urbanización eran de dos plantas, sótano, garaje para dos coches y una pequeña parcela con jardín y barbacoa.

El trayecto era corto, unos cinco kilómetros de autovía, luego Vera tomaba el desvío de Malibú y tras recorrer medio kilómetro llegaba al piso.

Esta noche, cuando dejó la autovía y cogió la pequeña carretera de la urbanización que en unos minutos la llevaría a su piso, se encontró con la mayor sorpresa de su vida. De pronto le pareció ver algo en medio de la carretera que se movía de un lado a otro, que se caía y levantaba.

—Pero qué es eso... —pronunció perpleja mientras frenaba en seco y ponía las luces largas para ver qué era lo que había en la carretera.

—Dios mío —musitó confusa y estremecida al salir del coche.

La luz de los faros impactó en el cuerpo de la niña, arrojado en el asfalto, encogido como si quisiera esconder su carne y su vergüenza de los ojos de la noche y de la persona que la estaba mirando confusa.

—Pobrecita —exclamó al ver a Sofía tiritando casi desnuda. Sus manos tiraban con fuerza de la camiseta rota del pijama para proteger su intimidad, o lo que quedaba de ella, y ocultar la desnudez de sus piernas.

—Ven conmigo —dijo Vera.

La pequeña, sin levantar la cabeza, sin descubrir la carne profanada, alargó una mano en busca de protección.

La mujer la cogió de la mano y la ayudó a levantarse, pero la criatura estaba tan exhausta que apenas se movió. Entonces le pasó una mano por debajo de las piernas, y con la otra la sujetó por la espalda y la levantó y la llevó en volandas al coche. La dejó con cuidado en el asiento del copiloto; mientras la colocaba el cinturón de seguridad vio que tenía la boca tapada con cinta adhesiva. La quitó la cinta despacio para no hacerle daño. La pequeña, al quitarle la cinta, abrió la boca y aspiró hondo varias veces, pero en lugar de soltar el aire que llenaban sus pulmones empezó a patallar y a chillar...

—No tengas miedo, voy a sacarte de aquí —dijo Vera cuando descubrió un hilillo de sangre descendiendo por una pierna.

Entró en el coche y la acarició la frente con ternura hasta que consiguió tranquilizarla. Dudó si llamar a la policía o llevarla al hospital. Decidió que lo más sensato era ir al hospital, una vez allí, los médicos se ocuparían de ella.

Cuando estaba a punto de dar la vuelta vio a una camioneta salir de Malibú e incorporarse a la carretera. Durante unos instantes Vera se quedó inmóvil, paralizada por un escalofrío de estupor e incredulidad, pues le pareció reconocer la camioneta. Sin embargo, no pudo, o no quiso, ver la matrícula, prefirió cerrar los ojos, luego Sofía se aferró con fuerza a su brazo y, con un hilo de voz, dijo:

—Ha sido tío Tim.

3

El hospital Costa del Sol estaba cerca, a unos ocho kilómetros.

Vera regresó a la autovía. Apenas había tráfico y las farolas de la carretera estaban apagadas. Observó que no había estrellas en el cielo y tampoco se veía la luna, solo había oscuridad. Oscuridad en el cielo y en la tierra. Oscuridad en la carretera y en el coche. Oscuridad por todas partes.

Al llegar al hospital cogió a la niña en brazos y entró en Urgencias corriendo, quería dejar a Sofía en otras manos y que fueran los médicos quienes se ocuparan de ella. Estaba cansada, quería regresar a casa y darse una ducha. Acostarse y encontrar a Bob en la cama y apretarse contra él...

—Que alguien me ayude —gritó mientras avanzaba por el pasillo blanco de Urgencias. Un sanitario y una doctora se acercaron al oír sus voces. El sanitario cogió a la niña en brazos y la depositó en una camilla mientras la doctora cubría su desnudez marchita con una sábana y le tomaba el pulso.

Vera vio cómo se llevaban a Sofía en una camilla y suspiró de pena y alivio. Pena por lo ocurrido, alivio porque había cumplido con su deber.

Se disponía a salir cuando un vigilante la interceptó en la puerta y le dijo que tenía que esperar.

—¿Por qué?

—Tiene que llenar este formulario —dijo la recepcionista mostrando un papel.

Vera se acercó a la recepción y cogió el impreso de admisión y un bolígrafo que le ofreció la recepcionista.

Eso era precisamente lo que quería evitar: la burocracia.

Empezabas dando tu nombre, tu teléfono y tu dirección, luego venían las preguntas y más tarde aparecían los problemas. Y ella, después de haber hecho una buena acción, no quería problemas. Solo quería volver a casa y encontrar a su hombre en la cama.

—No puede irse todavía —dijo la recepcionista cuando Vera la devolvió el formulario.

—¿Por qué?

—Es el protocolo —contestó sin inmutarse.

—Qué protocolo ni que leches. Al salir del trabajo me he encontrado a la niña en medio de la carretera, asustada y medio desnuda y la he traído al hospital, ¿qué más quiere? —protestó.

—Será mejor que se tranquilice, tiene que esperar a la doctora —dijo la recepcionista sin inmutarse.

—Oiga, yo no soy su madre. No tengo nada que ver con esa niña. Ni siquiera la conozco —explicó a la defensiva.

—No puede irse hasta hablar con la doctora.

—Todo lo que sé, está escrito en ese papel —dijo señalando el informe del mostrador.

—La doctora vendrá enseguida. Además, la policía que-rrá hablar con usted.

—¿La policía?

—Cuando una niña aparece en este estado, el hospital avisa a la policía.

Vera comprendió que, ante las potentes luces del pasillo, los signos de la agresión y la desnudez de Sofía habían quedado al descubierto.

Era inútil protestar. Debía serenarse, tener paciencia y esperar. Pensó en llamar a Bob y contarle lo ocurrido, pero su móvil se había quedado sin batería. Podía pedirselo al vigilante o a la recepcionista, pero descartó la idea. Si llamaba y Bob estaba en casa, se cabrearía por despertarle y le montaría una escena cuando volviera; pero si no estaba, entonces sería ella la que se pondría de mal humor y se culparía por vivir con un hombre como él. Se sentó en una silla de la sala de espera y, conteniendo las lágrimas, empezó a lamentarse de su mala suerte con los hombres.

El teléfono empezó a sonar y Ulises tardó un poco en contestar. Había dejado el móvil encima de la mesa del salón y el sonido le llegaba amortiguado, como si formara parte del sueño y lo acunara con su melodía monótona y reiterativa.

Se levantó bostezando, salvo un destello de luz de la calle que se filtraba por la ventana entornada del salón la oscuridad era total, por lo que dedujo que aún faltaba mucho para que amaneciera.

—¿Sí?

—Han llamado del hospital. Han ingresado a una niña con síntomas de haber sufrido una agresión sexual —informó el agente.

—¡Joder! —resopló Ulises.

Diez minutos después salió del piso, subió al coche y cuando estaba a punto de arrancar, volvió a sonar el móvil.

—¿Qué quieres? —preguntó al ver el número de Sara en la pantalla.

—¿Te has enterado de lo de la niña?

—Sí. Acaban de llamarme. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Nos vemos en el hospital —dijo la pelirroja eludiendo la pregunta.

Afuera, la noche seguía oscura y silenciosa, no soplaba ni una brizna de aire, ni se oía el siseo del campo ni el arrullo de los animales.

—Voy a salir a fumar un cigarro —dijo Vera al vigilante.

La imagen de la niña, mancillada en mitad de la carretera, gravitaba en su mente. Encendió un cigarro y aspiró con fuerza para domeñar la tristeza que se acumulaba en la garganta y en los ojos.

Tras dar unas caladas nerviosas tiró el cigarro con furia. Lo aplastó con el zapato y echó a andar hacia el coche. Arrancó el motor y se fue del hospital sin hacer caso a los gritos y aspavientos del vigilante.

Llorando llegó a la autovía y se perdió en la oscuridad de la noche.

Ulises llegó al hospital y vio el coche de Sara aparcado delante de la puerta de Urgencias. Dejó el suyo junto al de su compañera y entró.

Vio a Sara junto a una joven de bata blanca y dedujo que sería la doctora que había atendido a la niña.

Se acercó a ellas. Advirtió que Sara, a pesar de la hora intempestiva, se había aseado. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo y era evidente que se había duchado, el pelo aún estaba húmedo en las puntas. Él, en cambio se había lavado la cara, los sobacos y poco más...Y se había vestido con lo primero que había encontrado a mano.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó sin rodeos.

La joven doctora comprendió que el hombre desaliñado y sin afeitar que interrumpía su conversación con la agente, era compañero de ésta. No obstante, preguntó:

—¿Quién es usted?

—El inspector Ulises Sánchez —respondió mirándola a los ojos.

—Hace media hora ha llegado al hospital una niña con síntomas de agresión sexual. Ha sido penetrada y le han roto el himen, pero no hemos encontrado restos de semen. Presenta un leve desgarró vaginal y algunos hematomas en los brazos y en las piernas y una rojez en los labios y en la cara como si le hubieran puesto una cinta adhesiva en la boca, también tiene un esguince en el tobillo izquierdo —informó la doctora arrastrando las palabras con tristeza y rabia.

—¿Podemos hablar con ella? —La pregunta pareció una afirmación sostenida por la urgencia de saber, de conocer lo ocurrido de labios de la niña.

—Le he dado un analgésico. Dormirá unas horas.

—Joder —exclamó Ulises sin ocultar su contrariedad.

Aspiró hondo y más calmado preguntó:

—¿Cómo ha llegado la niña al hospital? ¿Quién la ha traído?

En lugar de responder, la doctora le entregó el formulario que había rellenado Vera. De repente se sintió muy cansada, como si hubiera estado todo el turno de noche atendiendo a multitud de enfermos, pacientes cuyos cuerpos hubieran sido avasallados por la desgracia, la sangre y el dolor...

—¿Puedo hablar con la mujer que la trajo?

Ulises, ante la abstracción de la doctora, tuvo que repetir la pregunta.

—¿Puedo hablar con la mujer que trajo la pequeña?

—Se ha ido.

El móvil de Ulises empezó a sonar. Al ver que la llamada era de la comisaría, descolgó.

—¿Qué pasa?

—Hemos recibido otra llamada que quizá pueda estar relacionada con la niña que han llevado al hospital —informó el agente.

—Dime.

—Un vecino de la urbanización Malibú ha visto a un hombre con el rostro cubierto salir de una casa.

—¿A qué hora ha sido eso?

—Sobre la una y media.

—¿Tienes el nombre del vecino?

—No ha querido decirlo.

—¿Y la dirección de la casa?

—La dirección sí la tengo.

—¿Has enviado algún coche patrulla?

—Sí. Está en camino.

Ulises anotó en un resguardo de tarjeta de crédito, que sacó del bolsillo del pantalón, la dirección que le dio el agente. Luego, acercándose a la doctora, le preguntó:

—¿Conoce a la niña?

—Nunca la había visto, pero llevo poco tiempo en el hospital.

—¿Qué edad tiene?

—Nueve o diez años.

Ulises no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espina dorsal. También él tenía una hija, afortunadamente ya no era una niña y podía valerse por sí misma, y él estaba dispuesto a defenderla a muerte si era preciso. Lo que no fue capaz de hacer por su mujer, era consciente de que lo haría por ella. Sacaría la pistola si alguien la amenazara con un arma y no dudaría en disparar.

—Y los padres de la pequeña, ¿sabe algo de ellos?

—No.

—¿Nadie ha llamado al hospital?

En lugar de responder, la doctora preguntó:

—¿Y a la comisaría?

Ulises ignoró la pregunta de la doctora, se volvió hacia Sara que había estado callada todo el rato, y le dijo:

—Vamos a echar un vistazo a la casa.